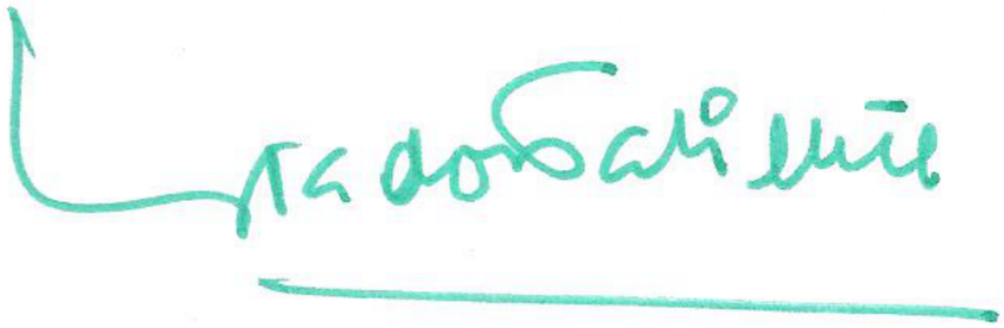

La Voz de Fortuna

Agosto, 2019 / Número 3

LOS PERROS EN LA POESÍA DE SALVADOR PÉREZ VALIENTE

A tenor de su poesía, Pérez Valiente tuvo una infancia desdichada: su orfandad desde los cinco años, la ausencia bastante frecuente de su madre y la convivencia obligada con unos "*casi desconocidos parientes*" en Fortuna, hicieron de él un niño "*perdido, abandonado*". La falta de hijos en su matrimonio con Mari Carmen motivó que la pareja volcara su cariño en los perros, esos amigos leales siempre dispuestos a dar y recibir el afecto que tanto necesitaba un poeta que hizo de la soledad su divisa.

El primero de los perros que acaparó el cariño de Mari Carmen y Salvador fue Ton. En una entrevista en *La Verdad*, en 1961, el periodista retrata al can como "*un perro lobo, grande y lustroso* (…) *es el niño mimado de la casa*". Y Salvador, siempre tan amante de la hipérbole, le dice: "*Los perros son mi pasión, más que la música e incluso que la poesía*".

Pues bien, Ton y muchos otros perros, no solo los suyos, sino también los callejeros, estuvieron siempre presentes en sus poemas, desde los primeros libros hasta el último. Y ya en la temprana fecha de 1976 les dedica una de sus obras: *La tarde a perros*.

Es un poemario breve, de solo ocho páginas en su edición original, no venal, de la que se imprimieron 250 ejemplares, que el poeta regaló numerados y firmados a sus amigos. Tenía únicamente ocho poesías, una de ellas compuesta por dos sonetos. Pero, a la edición del Ayuntamiento de Fortuna de 2002, se le añadieron cinco sonetos más, con tan poco cuidado que varios de los poemas aparecen descolocados, como consecuencia de una paginación deficiente. Los siete sonetos resultantes son de gran perfección formal. El resto de las composiciones, igualmente muy logradas, son de verso libre.

En la obra aparecen perros que han compartido la casa del poeta y también perros vagabundos. Todas las poesías tienen un tono marcadamente emotivo y restallan como un látigo en el corazón del lector.

Al ya citado Ton, "*pastor de majadas y de luna*", "*que pone la casa honrada y tierna*", le llama "*camarada*", "*compañero*", "*dulce hermano*" e "*hijo*", y le pregunta:

Dime, ¿tú crees en Dios? Dime, ¿tú piensas / en verdes soledades de ladrido / donde el crecido origen se recuerda?

Y, emocionado, lo observa refugiado bajo su esposa:

A veces, sin saber por qué, suspiras, / y vienes a dejarte la cabeza, / como una sosegada fortaleza, / en el regazo maternal que miras. / Humana es la mirada con que esperas, / la mansedumbre pobre con que pides.

Y todos juntos, Salvador, Mari Carmen y Ton, forman una familia en el cálido habitáculo del hogar:

Los tres bajo la lámpara. Aquí estamos, / costumbre del amor y de la muerte. / Carmen que pone besos y da suerte, / el perro y las palabras de sus amos.

Cerrad las puertas, arropad la casa, / que no entre nadie, de algodón los sueños. / El perro quizá sueña con sus dueños / y el dueño con la vida. Nada pasa.

Los tres bajo la luz, como ateridos; / tres apretadas vidas que se aguantan / amándose y, amándose, sufriendo.

No pasa nada, nada. Sostenidos / por su amargura y su esperanza, / cantan bajo la rosa de la luz ardiendo.

Después de morir Ton, el poeta recuerda el último verano pasado en Bellreguart, cuando el perro se encontraba ya ciego:

Aquí estuvimos, Ton, aquel verano, / frente a este mar que no reconocías, / bajo el radiante azul que no veías, / pendiente únicamente de mi mano.

Los perros abandonados en las playas después de la temporada estival son un motivo recurrente en la poesía de Pérez Valiente, que compone poemas que destilan un profundo dolor:

No comprenden, no entienden la crueldad que los cerca, / aunque ya la adivinan en la amarga marea. / Los perros de verano, que tuvieron su dueño / y que añoran la casa íntima del invierno / entre calles inciertas, fantasmales esquinas, / bajo un viento que ladra su recóndita ira. // Solo aguardan la sombra de la soga asesina / y a unos hombres de luto que la llevan encima.

Y, aunque solo sea un gesto afable, el poeta les tiende la mano:

Perros del verano, / temerosamente / coméis en mi mano. / Perros vagabundos / con tristeza antigua, / con ojos profundos, / que buscáis en vano. / Perros, mis hermanos, / que vais por el mundo.

Pero es en la gran ciudad, en Madrid, donde la vida es aún más dura para 'el mejor amigo del hombre'. Unas veces se trata de perros errantes que adivinan la ternura del poeta y le siguen:

Cuando regreso es madrugada oscura / y el perro aún está allí. // Aunque los ojos me persiguen / con la tenacidad desvergonzada de la inocencia, / como dos estrellas amistosas, / un poco tristes y lejanas, / que a pesar de todo dan calor / —No puede ser—, le digo. Y me comprende. / Pero sí puede ser. / Se ha puesto a seguirme, / justo a la distancia precisa que necesita mi soledad, / atravesando calles y recuerdos conmigo, // Con el portal en sombras, / detrás de los cristales, estaba su mirada todavía, // Y aunque sí se puede, / he echado la llave desde dentro, / una vez más, / y he vuelto a la selva de los hombres. // Definitivamente, he elegido estar solo.

Otras veces, el perro merodea desamparado por la calle y el poeta compadecido increpa al cielo:

El perro ladra lastimeramente. / Pasa a su lado gente tan decente / que acaso se detiene y luego sigue. / Señor, no lluevas más en tu criatura. / Deja que salga el sol. No hagas tan dura / la ley del que ha nacido y te persigue.

Y en ocasiones no queda más remedio que cerrar los ojos. Ocurre…

En Cuatro Caminos, / a las dos de la tarde / tendido por última vez en la acera por donde cruzan hombres, / rodeado de pedazos de pan y expectación, / el perro va muriéndose lentamente / y en sus dos lágrimas, / que nunca terminarán de caer, / oscurece el mirar y los zapatos de quienes contemplamos su agonía.

Uno de los poemas, *A Bose donde esté*, resume como ningún otro el amor del poeta a los perros, propios y extraños, a los que espera siempre con "*el pan en la mesa*":

Entra en mi casa, Bose, / deja en la puerta el frío, / duérmete junto al fuego, / sueña que ya eres mío. / Olvida que la noche / del invierno es muy larga / y que la libertad / es a veces amarga. / Mírame con tus ojos / de nevada inocencia, / espectador callado, / tartamuda elocuencia, / y cuando yo regrese / al lunes de los hombres / recuérdame ya solo, / cachorro de mil nombres. / Testigo entre los niños, / ¿dónde estarás ahora? / ¿Por qué perdidos cerros / y qué mágica aurora? / ¿Bajo qué oscura tierra / han sembrado tus huesos? / Camarada de un día / humilde de sucesos. / Y cuando resucites / —porque se resucita—, / Bose, ven a buscarme / por si acudo a tu cita. / Porque tanto te amé / y porque se regresa, / amigo, espérame. / Pongo el pan en la mesa.

Pablo Larra

La poesía y el hombre

Me pide José Luis Martínez, tan apasionado siempre por la cultura, un artículo sobre Salvador Pérez Valiente con motivo del expediente puesto en marcha por el ayuntamiento de Fortuna para nombrar a este gran poeta Hijo Adoptivo del municipio al que tanto quiso y por el que tanto se desvivió.

Esa invitación a colaborar en un cuadernillo dedicado a Pérez Valiente hace que mi memoria se retrotraiga hasta el año 1973, cuando tuve la oportunidad de mantener una entrevista con él para el diario *Línea* de Murcia, en el que yo aprendía el noble oficio de periodista, que nunca me ha abandonado y al que yo no pienso renunciar jamás. Con ocasión de cursar en Madrid estudios de la Licenciatura de Ciencias de la Información, preparé una serie de entrevistas para dicho diario, con la rúbrica general de *Murcianos en la capital de España*.

La entrevista con Salvador Pérez Valiente fue de las primeras de la serie. Los 46 años que han pasado desde entonces hacen que en mi memoria se desvanezcan muchas de las circunstancias que rodearon la gestación de la misma y su desarrollo. Pero ese largo periodo no ha sido bastante para olvidar algunos conceptos que yo saqué de aquella conversación con Pérez Valiente y que me llevaron a pensar que era un ser irrepetible.

ME REBELA LA INJUSTICIA Y LA VIOLENCIA

QUIEN MAS ME ENSEÑA ES LA GENTE DE PUEBLO

Me gustaría vivir en Fortuna como un fortunero más

PEREZ VALIENTE, UN POETA — SOLITARIO —

LE pido unos datos que me muestren lo que ha sido hasta ahora su vida, y me los cede en unas escasas líneas...

—Nací en San Juan, en pleno barrio gitano, en la calle de Simón García, para ser más exactos. Dejé Murcia cuando tenía siete años. Desde entonces esta ciudad es una especie de nostalgia para mí, nostalgia que procuro matar a menudo con los viajes que a esta tierra hago... A Fortuna voy todos los meses; estoy arreglando allá una casa muy bonita —con preciosas cerámicas— que me legaron unos familiares... Al abandonar Murcia me vine a Alcalá de Henares, de cuyo Ayuntamiento mi tío era secretario. Estudié Filosofía en Madrid. Luego dia clases..., y hace unos veinte años José Ramón Alonso y Eugenio Montes me trajeron a Radio Nacional, donde continúo. En la actualidad soy jefe de publicaciones y propaganda. Mi labor es, pues, más periodística que radiofónica.

Para un poeta como es Salvador Valiente el «curriculum vitae», la historia de la vida, no viene a ser una larga serie de piropos pronunciados por la misma persona a la que van destinados. Para un poeta como Pérez Valiente la historia de la vida tiene su auténtico valor en las cosas bellas que se hacen un día sí y otro también. Por eso, cuando le ataco de frente en el terreno poético no me habla de premios, ni de triunfos, ni de rimbombantes éxifos, ni de rimbombantes éxicalderilla de algo mucho más importante. Me habla de lo pasado, de lo presente y de lo futuro, con palabras y sentimientos desnudos de todo artificio, huérfanos de aureolas...

—Las satisfacciones que obtengo son las que se derivan de que mis trabajos queden bien y gusten a quienes los contemplen. Yo, ante, todo, soy poeta. Ahora tengo tres libros en la imprenta. Y no, no crea que me da pena escribir poesías sabiendo que, lamentablemente, muy pocas personas las leerán. Ahora, eso sí, puedo decirle que en España no se venden más los libros de poesías por la mala distribución de los mismos. Los libreros no se preocupan de este menester. De otra forma, aunque sólo se vendieran unos cien ejemplares en cada provincia, se alcanzaría una cifra global de venta que al menos no sería tan ridícula como las que se obtienen en la actualidad. Pero, no, no crea que todo esto me desanima. ¿Sabe una cosa?, todavía me queda mucho camino por delante. Vivo en los suburbios de lo que quisiera hacer.

• Vivo en los suburbios de lo que quisiera hacer

—¿Es usted amigo de las charlas de café?

—Gané muchos años de mi vida en esas tertulias. En el Gijón, por ejemplo, me reunía con Cela, con García Nieto, con Ruiz Iriarte y con otros varios. Se suscitaban las más diversas polémicas y aun estando callado se aprendía mucho. Pero al casarme me hice solitario. Mi hobby, desde entonces, quedó reducido a los perros y a la lectura. Me gustan mucho los perros, y leer... Leo mucho, tres o cuatro libros a la semana. Soy, repito, un enorme solitario, un independiente. Reconozco que esto se paga con el olvido y el hambre. No me importaría en absoluto que esos dos «buitres» se adueñaran de mí. Ya alcancé una madurez que hace no me preocupen pequeñas cosas como las apuntadas.

• LA ANGUSTIA

—De Pérez Valiente se ha dicho —ahí están los escritos de Pepe Hierro, Angiada, Pepe Nieto y otros que así lo demuestran— que es el poeta de la angustia, pero, ¿cómo define usted su poesía?

—La poesía que yo hago quiere ser más descarada, más clara, más esencial. No tiene en ningún momento raíz política. Está escrita por un hombre y a un hombre en soledad va dirigida de modo especial.

—¿Qué es lo que más le disgusta de este mundo?

—Muchas cosas. Me rebela la injusticia y la violencia de la sociedad de consumo. Yo puedo sufrir veinte muertes al día... con el perro abandonado, con el niño enfermo, con el hombre cojo, con el que sufre... Se muere muchas veces... Y me fastidia enormemente las equivocaciones, las humillaciones, callar cuando no se debe callar.

—Señor Pérez Valiente, ¿cómo se aprende a vivir?

—Se aprende a vivir viviendo. A mí, quien más me enriquece es la gente de pueblo, esa que no sabe de soberbia, de pisotones traidores en busca de una posición más elevada, esa gente humilde que nunca es pedante. Esta es la que más me enseña.

—¿Es usted ambicioso?

—Soy un hombre de pocas ambiciones, de mínimas ambiciones. No me preocupan los bienes de riqueza. No me importaría dejar el coche y mi casa y mis comodidades aquí en la gran ciudad e irme a vivir pobremente. Me encantaría, por ejemplo, poder retirarme a Fortuna, y vivir como un fortunero más. Lo que ocurre es que estoy esclavizado. Soy un eslabón más de esta sociedad de consumo que nos ata y nos liga con fuerza, con violencia, con desesperación...

—En este mundo de hoy que tiene mucho de material y muy poco de espiritual, ¿se puede luchar por la verdad sin caer en el ridículo de ver que todos le vuelven la espalda a uno?

—Yo puedo decir que soy un ser sincero y absolutamente insobornable que lucha en todo momento por la verdad, a la que creo que se puede defender siempre. Soy más bien de izquierdas, en el sentido de ser liberal, pero religioso. Creo que donde hay sinceridad hay vida y detrás de esta vida hay siempre un hombre. ¿Sabe qué es lo que más me agradaría que dijeran de mí cuando yo no cuente entre los hombres presentes?, pues estas cuatro palabras: «Conocimos a un hombre».

—¿Hasta qué punto la poesía puede influir en su modo de pensar, de vivir, de actuar...?

—La conforma mucho. Y la conforma porque yo amo ante toda la poesía. Es mi vida. Lo es todo. Una persona puede decir que es poeta, pero si sale a la calle y va dando patadas a los perros, por ejemplo, ese hombre no es un poeta, es un...

• ALGO MILAGROSO

—Dice Paul Valéry que el primer verso lo facilitan los dioses y los demás los hace el poeta.

—Sí, es cierto. La poesía es algo milagroso. Los dos primeros versos te salen sin pensar, cuando vas paseando o conduciendo el coche o cuando estás en casa. Luego, todo lo demás, ya viene como por añadidura, es ya como el chocolate, que hay que hacerlo a mano.

—¿Qué tal crítico es su esposa?

—Es muy exigente, y sobre todo, extremadamente moderada. Se asusta mucho cuando ve que escribo ciertas cosas. Entonces me dice aterrorizada: «¿Pero vas a decir eso tan fuerte?»... Desde luego, es muy inteligente en su papel moderador.

—¿Resulta muy desagradable tener que limar la obra para que ésta pueda andar por el mundo, para que pueda tener vida pública y volar libremente?

—Se sufre mucho cuando hay que hacer esto. Yo tengo un libro —«Con odio, con rencor, con ira»— que está escrito ya hace unos dos años y todavía no se ha publicado porque tengo que «peinarlo» antes, y esto es como traicionar la palabra y los pensamientos. Por eso estoy tardando tanto tiempo en limarlo.

Pérez Valiente va con frecuencia a Murcia, a su patria chica, pero siempre pasa desapercibido, como una ola en el océano, como un árbol en el gran bosque, como un barco en alta mar. No es amigo del gran bullicio. Si acaso, una vuelta por el huerto de Manú, a recordar tiempos pasados y a oler perfumes de azahar. Es ante todo un poeta, con los pies en la tierra, pero con el alma en la rima, en lo bello, en el arte... Me vuelve a contar que muere muchas veces al día y me vuelve a poner ribetes de oro a la sinceridad. Se queda jugando con una pintura de Molina Sánchez. Yo me quedo pensando en unos versos suyos:

«De profesión, mi tristeza,
de amiga, mi compañía,
y por toda luz mortal,
el túnel de la poesía.»

DIEGO VERA

MURCIANOS ILUSTRES EN LA CAPITAL DE ESPAÑA 6

9 — Domingo, 25 febrero 1973 — ESPECIAL — Línea

Vi en él a una persona comprometida con su tiempo y, sobre todo, con la poesía y con el ser humano. El recorte de aquella entrevista, que amablemente me hace llegar José Luis Martínez, me hace recordar lo que me comentó tantos años atrás y que tan definidor era de su personalidad.

Al responder a una de mis preguntas, me dijo que su poesía estaba escrita en soledad y dirigida a un hombre en soledad. También me dijo que sus mayores enseñanzas las recibía del pueblo y que le rebelaba la injusticia y la violencia.

Advertí que en Pérez Valiente había un hombre firme, vertical, inquebrantable, en sus ideas y, sobre todo, en su forma solidaria de estar en un mundo que no comprendía muchas veces pero que quiso siempre que fuera un poco mejor a través de la poesía, con los versos crudos y duros salidos de su pluma.

POESÍA COMPROMETIDA

Esa poesía de la que me habló en la entrevista contribuyó a forjarme la idea de que estaba ante un poeta cuya creación literaria trascendía de la -en ocasiones- superficialidad de la obra del ser humano para adentrarse en el pensamiento y la reflexión a través de una honda tristeza.

Sus palabras poéticas y altamente sonoras hablaban de dolor y, al mismo tiempo, de amor; de quietud y, al mismo tiempo, de arrebato; de lo apolíneo y, al mismo tiempo, de lo dionisiaco. Intuí entonces, y lo sigo pensando, que, pese a la existencia de un sentimiento trágico de la vida, seguía creyendo en el ser humano y no había renunciado a pensar que el hombre no aspiraba a ser dios, porque con ser hombre ya era bastante.

La edición especial de *La Voz de Fortuna* dedicada a la vida y obra de Pérez Valiente publicó una de las cartas que este envió a José Luis en diciembre de 1994, cuando este era alcalde del municipio fortunero.

En ella hablaba de Fortuna como *su otra soledad querida*. De nuevo, el ensimismamiento, el encerrarse en el interior de la vida no por cobardía, sino para desde esa posición no perder la perspectiva para poder dirigirse al mundo desde la reflexión y desde un pensamiento enamorado por vocación.

Recuerdo aquella entrevista, sobre la que ha girado esta pequeña aportación al homenaje colectivo a Salvador Pérez Valiente, como una de las más reconfortantes que he hecho a lo largo de mi ya dilatada vida de periodista.

Y lo pienso -y lo recuerdo así- porque el entrevistado no solo dio juego para el entrevistador, sino que hizo que este meditara luego sobre las respuestas dadas a sus preguntas. Respuestas firmes y rotundas pronunciadas con una voz igualmente potente y desgarrada, como igualmente potente y desgarrada fue su obra y, también, su vida.

Diego Vera

Una fuente en el pueblo

Confieso haber escrito de este pueblo, donde cayó una vez la lotería y se rodará una película, supongo que folklórica, con las palabras melancólicas y oscuras de la edad del pavo. Le debo, desde entonces, esa dimensión meditativa del que empieza a aprender su propio fin. Pero ¿quién no ha dicho su juventud como si la cercara la muerte? ¿Qué adolescencia no llevó a las espaldas la historia de una tarde? Después, desde lejos, la distancia prestigia el olor humano de las cosas y bien puede que ocurra que aquel que iba para fiscal profese de abogado de la defensa.

Se vuelve un día, pisando literatura y entrañas, ni más ni menos que el pobre caballo de los toros, para comprobar la cuestionable y movediza razón de un mundo que nosotros inventamos de una pieza. Solo aquí, sobre la experiencia dormida, el extranjero que uno es comprende cuán hermosa y verídica fue su nostalgia. Desde esas raíces, desenterrando, a golpe de rectificaciones y amor, ha abierto el huésped la vieja casa familiar, en la que el jazminero aún resistía, y ha recorrido, con ojos nuevos, el paisaje planetario y lumínico.

Azulea cal y siesta, chicharras que cantan acero y temblor, calina a plomo. Y en la puerta del café, donde siempre, la "tertulia de los seis reales" deja que el tiempo se repose, como un noble vino solar, y lo va gastando lentamente. Calderilla de costumbre, moneda suelta con la que compramos esperanza. Todo está en su sitio, como ocurrió, y el reloj de la iglesia sigue parado en la hora en punto del atardecer.

Y, sin embargo, algo es distinto: esta frescura manantial que da sombra de árbol y empina a los balcones la flor agreste. Porque ha llegado el agua.

Con sus mil manos, hacendosas y limpias, el chorro puja desde secretos hontanares y tiende una palma de metal sobre la plaza. Se diría que se siente ascender una fuerza nueva, una humedad fructificante que empapa el suelo y trae en el aire los nombres campesinos de rambla y saladar. ¡Hundid hasta el codo el corazón, libertad su vena más honda, vosotros, de secano, a lo que la lluvia prometa…! Crezcáis en agua y alegría mientras el forastero aproxima los labios a la fuente que soñó su niñez.

Salvador Pérez Valiente
(Programa de fiestas de San Roque 1971)